

SU CAMINO SENCILLO A LA SANTIDAD APOSTÓLICA

Nace en Mornese (Alessandria) el 9 de mayo de 1837, primogénita de diez hijos, algunos de los cuales murieron a temprana edad. Sus años de infancia y de juventud no tuvieron hechos extraordinarios, vivió en un ambiente rural marcado por el trabajo, por una fe enraizada en la vida y por la participación activa en las iniciativas parroquiales.

En las deposiciones del proceso de beatificación se encuentran testimonios unánimes sobre las cualidades morales de sus padres: buenos cristianos, honrados, trabajadores y solícitos de la educación de sus hijos. Por su padre fue iniciada en las labores del campo, en el autocontrol, en los primeros rudimentos de la lectura y en la vida cristiana. En un contexto bastante restringido, con una fuerte cohesión, la vida de la mujer se desenvolvía entre las exigencias del trabajo del campo, de la familia y de la parroquia.

Decisiva para la futura orientación de María Dominica y para su maduración cristiana fue la presencia en Mornese de don Domingo Pestarino, su confesor y director espiritual durante 27 años. Había asentado la renovación moral de la parroquia sobre las sólidas bases de la catequesis, la frecuencia de los sacramentos la educación de la juventud. A la edad de 18 años ingresó en la Pía Unión de las Hijas de María Inmaculada, asociación mariana surgida a propuesta de algunas jóvenes del lugar. Las asociadas vivían una vida cristiana marcadamente mariana y apostólica y se inspiraban en santa Teresa de Jesús y santa Ángela de Mérici, sus patronas. Tras una grave enfermedad, contraída asistiendo a unos parientes enfermos de tifus, sus proyectos se vinieron abajo. Abandonó el trabajo de los campos y asistió a la escuela del sastre del pueblo para poder enseñar después a las jóvenes.

Compartió y realizó sus ideales con algunas amigas y se vio muy pronto rodeada de jóvenes necesitadas. En un modesto taller de bordado y, posteriormente, en un pequeño

asilo y en un oratorio festivo, inició una obra educativa, que adquirió vastas proporciones sobre todo cuando, en 1864, llegó don Juan Bosco a Mornese. Desde el primer encuentro, María Dominica se sintió en perfecta sintonía espiritual y pedagógica con él. Aquel mismo año don Domenico Pestarino se hizo salesiano y el grupo de las Hijas de la Inmaculada, dirigidas por María Dominica, comenzó a gravitar cada vez más en torno a la figura del santo de los jóvenes. Este, viendo la solidez espiritual y pedagógica del pequeño grupo de educadoras, lo eligió para dar origen a una congregación religiosa dedicada a la educación femenina.



El 5 de agosto de 1872, las primeras 15 jóvenes, a quienes el fundador llamó «Hijas de María Auxiliadora», emitieron sus votos religiosos. A la fundación y primera consolidación del nuevo instituto, María Dominica hizo una aportación discreta, pero singular y eficaz, contribuyendo a la formación de las primeras educadoras e infundiendo su sello personal a la espiritualidad y la metodología educativa. Por ello, la Iglesia le atribuyó el título de «cofundadora» del instituto.

Nombrada superiora general, sor María Dominica dejó una impronta espiritual decisiva en la primera casa de la congregación en Mornese y después en Nizza Monferrato, adonde en 1879 fue trasladada la casa madre. En efecto, en los primeros años del instituto se fundaron a buen ritmo numerosas instituciones educativas en Francia, Uruguay y Argentina. Habiendo enfermado gravemente de pleuritis, María Dominica, la primera Hija de María Auxiliadora que había ofrecido su vida por la fecundidad apostólica del instituto, murió en Nizza Monferrato el 14 de mayo de 1881.

De ella no poseemos escritos de espiritualidad o de pedagogía: ni lo intentó, ni tuvo tiempo ni posibilidades para hacerlo, dada su limitada cultura (¡aprendió a escribir a la edad de 35 años!). Nos quedan solamente 68 cartas. No obstante, se le reconoce un «ministerio educativo» de inconfundible alcance histórico. Sigue siendo fuente de inspiración para muchos educadores y educadoras.

(Texto de P. Cavaglià)

ELOGIO DEL PAPA PIO XI: Dios ve en las almas humildes una luz y unas formas y rasgos tales que, ante ellos, no puede resistirse, ya que reproducen, en su belleza más exquisita y en sus rasgos más esenciales y constructivos, la fisonomía de su Hijo Unigénito, que dijo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29). Lo cual significa que, si lo hacemos, tendremos todo lo necesario para salvar las almas y llevar el mundo a Cristo. La antigua y ejemplar Hija de María también nos recuerda y ofrece la mayor lección de humildad de la Santísima Virgen, quien en el Magnificat atribuye su elección y gloria, por parte del Señor, a la humildad: Porque ha mirado la humillación de su esclava. La Madre de Dios se proclama la esclava del Señor (Lc 1,48).